



unánimes

Estudios bíblicos

M: Parábolas de Jesús

25.- Parábola del buen samaritano



unánimes

Estudios Bíblicos

M.25.- Parábola del buen samaritano

1. El texto

Lucas 10:25-37

Un intérprete de la Ley se levantó y dijo, para probarlo:

—Maestro, ¿haciendo qué cosa heredaré la vida eterna?

Él le dijo:

—¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees?

Aquel, respondiendo, dijo:

—Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo.

Le dijo:

—Bien has respondido; haz esto y vivirás.

Pero él, queriendo justificarse a sí mismo, dijo a Jesús:

—¿Y quién es mi prójimo?

Respondiendo Jesús, dijo:

—Un hombre que descendía de Jerusalén a Jericó cayó en manos de ladrones, los cuales lo despojaron, lo hirieron y se fueron dejándolo medio muerto. Aconteció que descendió un sacerdote por aquel camino, y al verlo pasó de largo. Asimismo un levita, llegando cerca de aquel lugar, al verlo pasó de largo. Pero un samaritano que iba de camino, vino cerca de él y, al verlo, fue movido a misericordia. Acercándose, vendó sus heridas echándoles aceite y vino, lo puso en su cabalgadura, lo llevó al mesón y cuidó de él. Otro día, al partir, sacó dos denarios, los dio al mesonero y le dijo: “Cuidámelo, y todo lo que gastes de más yo te lo pagaré cuando regrese”. ¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?

Él dijo:

—El que usó de misericordia con él.

Entonces Jesús le dijo:

—Ve y haz tú lo mismo.

2. Introducción

Esta parábola, magistralmente esbozada por Jesús, nos aclara más allá de toda duda, quién es nuestro prójimo y responde a la pregunta ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?

Jesús pinta una obra con varios personajes, característicos de situaciones diarias que aplicaban entonces y aplican hoy en día.

3. Los personajes

Esta parábola obliga a analizar los personajes con detalle antes de analizar la parábola en sí misma, pues estos actores representaban al mundo palestino de entonces y sin duda al de hoy. Veamos:

3.1. El viajero:

Seguramente judío y algo adinerado, pues en Jericó habían casas de recreo perteneciente a la clase alta judía, a menos que tuviera una urgente necesidad, no fue muy prudente ponerse en camino de Jerusalén a Jericó a solas y menos si llevaba mercancías de valor. Los viajeros solían ir en convoyes o caravanas. Parece ser que este hombre estaba corriendo un riesgo innecesario.

3.2. El sacerdote

Todo sacerdote era descendiente de la tribu de Leví y eran responsables del servicio en el templo, sobre todo de llevar a cabo el sistema de sacrificios. Eran ellos los llamados a ser intermediarios entre el pueblo de Israel y Dios, de allí que se denominaban pontífices o en griego “pontífices”. Este sacerdote se apresuró a pasar de largo. Puede ser que tenía presente que, si tocaba a un muerto, quedaba siete días en estado de impureza legal (Números 19: 11). Eso le impediría cumplir sus deberes en el templo y no podía arriesgarse. Como veremos más adelante esto no era en modo alguno excusa, ellos ponían las exigencias rituales por encima de la caridad. El templo y la liturgia contaban más para él que la vida de un hombre.

3.3. El levita

Descendiente de Leví, los levitas servían a Dios y le pertenecían. No tenían tierras ni heredad porque Dios velaba por ellos. Todo sacerdote era levita pero no todo levita era sacerdote, solo los descendientes de Aarón. Este parece que se acercó más al herido antes de pasar de largo. A veces los bandidos usaban reclamos así: uno de ellos se haría el herido; y, cuando un viajero ingenuo se paraba a ayudar, los otros bandidos se le echaban encima y le robaban. Tal vez el levita tenía la consigna de que «lo primero es la seguridad.» No valía la pena correr riesgos para ayudar a nadie.

3.4. El samaritano

Enemigo natural de los judíos, la audiencia esperaba que ése fuera el más despiadado de todos. En el pasado la Tierra Prometida se había dividido en dos reinos, el del Norte y el del Sur. La capital del reino del norte era Samaria (que agrupaba 10 tribus) y la del Sur Jerusalén (que agrupaba a los descendientes de la tribu de Judá). Los judíos despreciaban a los samaritanos porque se habían mezclado con los babilonios y habían cometido idolatría. Nuestro personaje a lo mejor no era samaritano de raza, porque los judíos no tenían trato con los samaritanos y sin embargo parece que éste era un viajante de comercio al que conocía bien el mesonero. Se le decía samaritanos a los herejes y a los que no cumplían la ley ceremonial. Tal vez este hombre era samaritano en el sentido de que los judíos fanáticos le despreciaban.

Notamos dos cosas interesantes acerca de él. (i) ¡Tenía buen crédito! El mesonero estaba dispuesto a fiarse de él. Tal vez no fuera muy sano teológicamente, pero era honrado. (ii) Fue el único que estuvo dispuesto a ayudar. Puede que fuera hereje, pero tenía amor en el corazón. No es tan raro encontrar que los religiosos están más interesados en los dogmas que en la ayuda al necesitado y que el que desprecia los religiosos es el que ama a su prójimo. A fin de cuentas se nos ha de juzgar, por la vida que vivimos en función de nuestro credo.

4. La conversación preliminar

Un intérprete de la Ley se levantó y dijo, para probarlo:

—Maestro, ¿haciendo qué cosa heredaré la vida eterna?

Él le dijo:

—¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees?

Aquel, respondiendo, dijo:

—Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo.

Le dijo:

—Bien has respondido; haz esto y vivirás.

Pero él, queriendo justificarse a sí mismo, dijo a Jesús:

—¿Y quién es mi prójimo?

Es verdad que un resumen de la ley similar al que se encuentra aquí también aparece en el evangelio de Mateo y en el de Marcos, pero los dos relatos—el de Mateo-Marcos y el de Lucas— no describen el mismo episodio, veamos:

Mateo 22:34-40

Entonces los fariseos, cuando oyeron que había hecho callar a los saduceos, se reunieron. Y uno de ellos, intérprete de la Ley, preguntó para tentarlo, diciendo:

—Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la Ley?

Jesús le dijo:

—“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente”.

Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. De estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los Profetas.

Marcos 12:28-34

Acercándose uno de los escribas, que los había oído discutir y sabía que les había respondido bien, le preguntó:

—¿Cuál es el primer mandamiento de todos?

Jesús le respondió:

—El primero de todos los mandamientos es: “Oye, Israel: el Señor nuestro Dios, el Señor uno es. Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas”. Este es el principal mandamiento. El segundo es semejante:

“Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. No hay otro mandamiento mayor que estos.

Entonces el escriba le dijo:

—Bien, Maestro, verdad has dicho, que uno es Dios y no hay otro fuera de él; y amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento, con toda el alma y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a uno mismo, es más que todos los holocaustos y sacrificios.

Jesús entonces, viendo que había respondido sabiamente, le dijo:

—No estás lejos del reino de Dios.

Y ya nadie se atrevía a preguntarle.

- a. En Mateo/Marcos es Jesús mismo quien resume la ley, en Lucas lo hace el experto en la ley.
- b. En Mateo/Marcos el resumen es dado en respuesta a la pregunta “¿Cuál es el mayor mandamiento de la ley?” En Lucas se da en respuesta a “¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo (la) lees?”
- c. En Mateo/Marcos Jesús tiene algo bueno que decir del escriba. En Lucas la descripción dada con respecto al experto en la ley no es tan favorable.
- d. El hecho relatado en Mateo/Marcos ocurrió el jueves de la semana de la pasión; el relatado aquí ocurrió antes.

Aunque falta la seguridad con respecto a las circunstancias exactas que dieron origen a esta pregunta, la reconstrucción siguiente quizás no esté lejos de explicarla:

Jesús ha estado enseñando a la gente. Cuando está por irse, se levanta un experto en la ley. Supuestamente bien versado en el Pentateuco (los primeros 5 libros de la Biblia), este hombre trata de desconcertar a Jesús. Trata de dejarlo en ridículo ante el público. Es claro que los motivos de este hombre estaban lejos de ser honorables. La pregunta que hizo debe haber parecido inocente, aun digna de elogio: “¿Qué debo hacer para heredar [u: obtener posesión de] la vida eterna?”

“Vida eterna”, ¡qué hermosa expresión y cuán superlativamente preciosa la esencia indicada por ella! Se refiere al tipo de vida que no solamente no tiene fin en cuanto a duración, sino que también es inapreciable en cuanto a cualidad. Incluye tesoros tales como “el amor de Dios derramado en nuestros corazones”, “la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento”, “el gozo inefable y glorioso” y la “comunión con Dios el Padre y con su Hijo”.

No se sugiere que este experto en la ley estuviera consciente del significado completo del término que usó, pero debe admitirse que estaba haciendo preguntas acerca de un asunto importantísimo. Por otra parte, el hecho mismo de que la vida perdurable sea un bien tan glorioso, ¿no causa que una pregunta con mala motivación al respecto sea aun más reprehensible?

Jesús elude la pregunta de forma maravillosa. En vez de responderle, le hace al doctor de la ley una contra-pregunta. En forma implícita le informa inmediatamente al inquisidor que él, Jesús, no está enseñando una nueva doctrina; está apegándose en forma estricta a los principios básicos de la *santa ley de Dios*. La respuesta del experto en la ley fue una reafirmación correcta contenida en dos libros de la Ley o la Torá, Deuteronomio y Levítico, veamos:

Deuteronomio 6:5

Amarás a Jehová, tu Dios, de todo tu corazón, de toda tu alma y con todas tus fuerzas.

Levítico 19:18

No te vengarás ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo, Jehová.

Estos pasajes dan a entender que la esencia misma de toda verdadera religión es el amor, la generosidad; que este amor debe tener como sus objetos tanto a Dios como al prójimo; que en relación con Dios debe ejercerse con todas las facultades que Dios ha dado al hombre y debe ser de todo corazón y que con respecto al prójimo no puede ser menor en extensión ni inferior en calidad que el amor por uno mismo.

La respuesta es clara. Si algún ser humano realmente cumpliera esta ley del amor a la perfección, es seguro que obtendría la vida eterna.

No había nada de malo en este alto requisito de la ley: “La ley es santa, y el mandamiento es santo, justo y bueno” como afirma Pablo en la carta dirigida a la iglesia en Roma. El problema no está con el principio divino que la perfecta obediencia tiene como resultado la vida eterna. ¿Qué entonces es lo que está mal? Pablo, en la misma carta a los romanos, responde con estas palabras: “Sabemos que la ley es espiritual; *pero yo soy carnal, vendido al pecado*”. Si el experto en la ley sólo reconociera esto ... Si sólo exclamara: “Oh Dios, sé misericordioso hacia mí, pecador”. Si hiciera esto, Jesús podría darle la respuesta adicional a la pregunta del legalista, que sería: “Ven a *mí*, tú que estás trabajado y cargado, y yo te haré descansar”.

Sin embargo, lo que el experto en la ley hace es justamente lo contrario. El sabe, por supuesto, que de ningún modo ha “llegado”, que no ha alcanzado la meta de la perfección. De modo que trata de excusarse. Parece estar pensando: “La ley no es muy clara, especialmente en la cuestión de amar al prójimo. De todos modos, ¿quién es mi prójimo? Que Jesús provea una definición, una descripción o formulación precisa”.

Indudablemente el que hizo la pregunta, hombre probablemente orgulloso, ya está riéndose interiormente al pensar: “Ya te tengo donde yo quería. Jamás podrás contestar esta pregunta tan difícil”. Nuevamente está tratando de tentar a Jesús para que dé un paso en falso,

cometa un error. Simultáneamente está tratando de absolverse a sí mismo de toda culpa y por eso pregunta ¿quién es mi prójimo? Con un ánimo de justificación.

Sobre este punto había una gran variedad de opiniones entre los judíos. Había quienes pervertían el mandamiento haciéndolo decir: “Amarás a tu prójimo y *aborrecerás a tu enemigo*”. Jesús refuta esta interpretación en el Sermón del Monte donde nos manda a amar y servir al enemigo. Un punto de vista aceptado ampliamente parece haber sido: “Ama a tu prójimo, *al israelita*”. Sin embargo, los fariseos restringían esto aun más, a saber, “Ama a tu prójimo, *el fariseo*”. Ellos razonaban: “Esta chusma que no sabe la ley, malditos son”. Y la gente de Qumrán, los esenios, declaraba que todo aquel que no perteneciera a su pequeño grupo era un “hijo de las tinieblas” y debía ser odiado. Así que es claro que con la pregunta, “¿Y quién es mi prójimo?” el experto en la ley trataba de acallar su propia conciencia y avergonzar a Jesús.

5. La parábola

En este punto de la conversación Jesús comienza a contar la parábola, un cuento que vivirá por siempre. Por medio de ella va a mostrar al doctor de la ley que aun su enfoque, la pregunta misma, es incorrecto.

5.1. El ataque

Respondiendo Jesús, dijo:

—Un hombre que descendía de Jerusalén a Jericó cayó en manos de ladrones, los cuales lo despojaron, lo hirieron y se fueron dejándolo medio muerto

Aunque Jesús no dice a qué nacionalidad pertenecía esta persona, la historia misma deja en claro que el hombre era judío. Si no hubiera sido judío, el Señor así lo habría hecho saber.

Analicemos la escena de esta historia. La carretera de Jerusalén a Jericó era notoriamente peligrosa. Jerusalén está a 800 metros sobre el nivel del mar; el Mar Muerto, cerca del cual está Jericó, está a 400 metros bajo el nivel del mar; así que, en menos de 30 kilómetros, la carretera salva un desnivel de 1.200 metros. Era una carretera estrecha, bordeada por rocas, con vueltas y revueltas que la hacían terreno abonado para los bandoleros. En el siglo V, Jerónimo nos cuenta que todavía la llamaban «El Camino Rojo», o «de la Sangre.» En el siglo XIX todavía había que pagar dinero de seguridad a los jeques locales para usar esa carretera. Hasta el principio de la década de los 30, el famoso autor de libros de viaje H. V. Morton nos dice que le advirtieron que llegara a su destino antes de que se hiciera oscuro, porque un cierto Abu Yildah acostumbraba detener los coches y robar a los viajeros o turistas, escapándose a las montañas antes de que la policía pudiera llegar. Cuando Jesús contó esta historia, hablaba de algo que sucedía con frecuencia en la carretera de Jerusalén a Jericó.

Según la parábola, pues, este hombre que viajaba solo, fue atacado por salteadores. La huida era imposible, porque, según el griego original, los ladrones lo rodearon. Lo despojaron y esto, podemos estar seguros, no solamente de sus ropas, sino de todo lo que llevaba consigo. Si hasta este punto había estado cabalgando en un burro, ahora se lo quitaron. Si llevaba dinero, no le permitieron quedar con ello, etc. Rápidamente quedó indefenso, porque lo golpearon repetidas veces, golpe tras golpe. Podríamos decir: “Ellos lo molieron a palos, pegándole una y otra vez”, hasta que lo dejaron tirado en la orilla del camino, medio muerto. Luego se fueron. ¿Vendrá alguien al rescate? ¿O está a punto de morir?

5.2. El sacerdote

Aconteció que descendió un sacerdote por aquel camino, y al verlo pasó de largo.

¡Qué falta de sentimientos! ¡Y eso un *sacerdote*, un hombre santo! De hecho, uno que solamente hacía un rato probablemente había estado ocupado en los deberes sagrados del templo, y que ahora es muy probable que estuviera en su camino de regreso a casa, viajando desde Jerusalén a Jericó, donde vivían muchos sacerdotes y levitas.

Este sacerdote, judío por cierto, se niega a prestar ayuda a un compatriota judío. Elude su deber y en vez de “rescatar al que perece” que lo necesita con mucha urgencia, pasa por el lado opuesto del camino.

No hay excusa para una negligencia tan baja. El intento de absolverlo por medio de la teoría que al entrar en contacto con un cadáver él incurriría la impureza ritual haciendo imposible el ejercicio de sus funciones en el templo, no sirve. En primer lugar, ahora no iba camino al templo sino hacia su casa y es posible que no tuviera que regresar al templo sino hasta después de una temporada. Y aun más importante es el hecho de que mostrar misericordia a los que están en necesidad es uno de los requisitos más imperativos y fundamentales de la ley de Dios.

Miqueas 6:8

*Hombre, él te ha declarado lo que es bueno, lo que pide Jehová de ti: solamente hacer justicia,
amar misericordia y humillarte ante tu Dios.*

Si se les requería a los israelitas que mostraran misericordia aun a extranjeros y enemigos, ¡entonces ciertamente también a hermanos israelitas! No había justificación alguna para la negligencia pecaminosa del sacerdote. El hombre simplemente no quería “verse comprometido”. ¿Tiene un sonido moderno esa frase?

5.3. El levita

Asimismo un levita, llegando cerca de aquel lugar, al verlo pasó de largo.

El ayudante del sacerdote no es mejor que el sacerdote. El también, tan pronto como ve al hombre gravemente herido, se asegura de quedarse lo más lejos posible de él y pasa por el otro lado del camino.

¿Es que el hombre judío que yace en el camino, asaltado, robado y herido será dejado allí para que muera? Así parece. Porque, como si todo esto no fuera suficiente calamidad, allí se acerca ... ¡un samaritano!

5.4. El samaritano

Pero un samaritano que iba de camino, vino cerca de él y, al verlo, fue movido a misericordia.

Ahora las cosas sólo pueden empeorar. ¿No se odiaban judíos y samaritanos? Cuando los enemigos de Jesús quisieron demostrar su amargura hacia él, ¿no lo llamaron “samaritano”? ¿Y los samaritanos no correspondían a odio con odio? Ciertamente ahora está por desvanecerse el último y débil vislumbre de esperanza. Así bien podría parecer. ¿Pero qué ocurre?

Cuando el samaritano vio al individuo gravemente afligido, su corazón “fue movido a ternura” o en otras palabras “se compadeció” o padeció con él... se identificó. Esto nos hace pensar en Jesús mismo cuando se compadeció por la multitud hambrienta que estaban como ovejas sin pastor, y la alimentó. De todas formas es incorrecto decir que el samaritano representa o simboliza a Jesús. ¿Y puede alguien que conoce su Biblia leer esta historia y no recordar la actitud y la acción igualmente amantes de otras personas en el pasado, personas que en cierto sentido eran compatriotas de aquel cuyos ojos ahora se llenaron de una compasión genuina y que ahora estaba por desmontar y entrar en acción?

5.5. Las acciones del samaritano

Acercándose, vendó sus heridas echándoles aceite y vino, lo puso en su cabalgadura, lo llevó al mesón y cuidó de él. Otro día, al partir, sacó dos denarios, los dio al mesonero y le dijo: “Cuidámelo, y todo lo que gastes de más yo te lo pagaré cuando regrese”.

Habiendo desmontado, el samaritano cruza al lado del camino donde yace el hombre medio muerto. Inmediatamente le administra los primeros auxilios lavándole las heridas con vino (por su contenido alcohólico era un desinfectante y antiséptico) y

echando sobre ellas aceite suavizante, que actuaba como un tipo de pomada. Luego montó al hombre en su propio animal, lo llevó hasta una posada y lo cuidó. ¡Qué cuadro maravilloso! El samaritano camina junto a su burro sosteniendo a la trágica figura hasta que llegan a la posada.

Cuando llegaron, el samaritano no dijo: “Aquí es donde termina mi responsabilidad. Ya he perdido demasiado tiempo con este hombre. Que otros ahora se hagan cargo de él”. No. “Se cuidó de él” personalmente. ¿Veló toda la noche, levantándose de vez en cuando para ver cómo estaba el enfermo?

Llega el día siguiente. El samaritano—¿hombre de negocios quizás?—debe seguir su camino. Sin embargo, aun ahora no dice: “Ya he cumplido con todo mi deber. De aquí en adelante le toca al posadero y al hombre mismo seguir adelante”. No, paga dos denarios y asume todo el gasto del cuidado del judío... su enemigo natural.

Dos denarios era una suma igual a dos días de salario para el obrero promedio, suma que de acuerdo con los precios de su tiempo para “alojamiento y comida”, bastaba abundantemente para varios días. El samaritano tiene cuidado en asegurar al posadero que no sufrirá pérdida alguna por el buen cuidado que brinde al judío. Afirma, para decirlo así: “Cuando venga de regreso, *yo mismo* pagaré toda gasto adicional en que puedas incurrir. Así que cárgalo a mi cuenta, no le cobres a él”.

5.6. La enseñanza al doctor de la ley

¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?

Debe notarse la forma exacta de la expresión. El experto en la ley había preguntado: “¿Y quién es mi prójimo?” Jesús ahora le pregunta: “¿Cuál de los tres demostró ser [o: era] prójimo a este hombre ...?” Lo que Jesús está enfatizando es esto: “La pregunta no es, ‘¿Quién es mi prójimo?’ sino ‘¿Me estoy comportando como prójimo a las personas necesitadas que el Señor pone en mi camino?’ ”

5.7. La respuesta

Él dijo:

—El que usó de misericordia con él.

No debe abogar en su contra el hecho de que no dijo “el samaritano”, como si odiara a los samaritanos tan completamente que ni siquiera ahora quisiera mencionarlos por nombre. Por el contrario, puesto que la respuesta dada mostraba *qué clase de hombre* había acudido a ayudar, fue una respuesta aun mejor.

5.8. La exhortación de Jesús a él y a nosotros

Entonces Jesús le dijo:

—Ve y haz tú lo mismo.

Jesús claramente dice: “ese estilo de vida debe ser el tuyo de hoy en adelante”... ¡qué reto!

Podría preguntarse: “¿Arroja esta respuesta del Señor alguna luz sobre la pregunta original del experto en la ley, ‘¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?’?” La respuesta tendría que ser sí. No como si “siendo un buen prójimo” por sí mismo aseguraría la salvación. Pero demostrando ser un buen prójimo y haciéndolo *a la perfección* y además amando a Dios con un amor que también es *perfecto* sí tendría como resultado la vida eterna.

Sin embargo, nos apresuramos a añadir que tal perfección es imposible sobre esta tierra pecaminosa. No obstante, la exigencia de la ley de Dios no ha sido abrogada. La solución de este problema ha sido proporcionada por Dios mismo. Jesucristo por el sacrificio sustitutivo de sí mismo y por su vida de *perfecta* obediencia ha hecho por nosotros lo que nosotros mismos nunca hubiéramos podido hacer. Por lo tanto:

- a. Debemos confesar sinceramente que nos es por siempre imposible, por nuestras propias acciones, cumplir las demandas de la ley de Dios: “Por las obras de la ley ninguna carne se justificará”.
- b. Por la gracia de Dios y por el poder del Espíritu debemos poner nuestra confianza en Cristo.
- c. *En gratitud* por la salvación que, por los méritos de Cristo, hemos recibido como un don gratuito y guiados y dotados de poder por el Espíritu Santo, debemos ahora vivir una vida para la gloria de Dios. Esto quiere decir que aun cuando durante nuestra vida sobre la tierra no podamos amar a Dios y al prójimo en forma perfecta, sin embargo, *en principio* comenzaremos a vivir en conformidad con su ley. La ley del amor no ha sido abrogada.

6. En conclusión

Fijémonos en la enseñanza de la parábola. El escriba que le hizo la pregunta a Jesús iba en serio. Jesús le preguntó qué decía la ley sobre eso. Los judíos practicantes llevaban en las muñecas unas cajitas llamadas filacterias en las que guardaban ciertos textos de la ley, sobre todo la “Shemá” Deuteronomio 6:4-9; «Ama al Señor tu Dios». Es como si Jesús le dijera: «Lee lo que pone en tus filacterias, y encontrarás la respuesta a tu pregunta.» A esos pasajes añadió el escriba Levítico 19:18, que manda al hombre amar a su prójimo cómo a sí mismo; pero, con su pasión por las definiciones, los rabinos se preguntaban quién era el prójimo; los más estrechos contestaban que el prójimo era otro judío. Algunos hasta llega-

ban a decir que era ilegal ayudar a una mujer gentil en el momento del parto, porque eso sólo sería ayudar a que hubiera otro gentil en el mundo. Así, que la pregunta del escriba «¿Y a quién se refiere eso del prójimo?» era normal.

La respuesta de Jesús implica tres cosas.

- a. Debemos ayudar al necesitado aunque se haya metido en líos por su propia culpa o imprudencia, como era probablemente el caso del viajero de la parábola.
- b. Cualquier persona de cualquier nación que está necesitada es nuestro prójimo.
- c. La ayuda debe ser práctica y no limitarse a sentirlo mucho. Es posible que a eso sí llegaron el sacerdote y el levita, pero no hicieron nada más. La compasión, para ser real, tiene que desembocar en obras.

Lo que Jesús le dijo al escriba nos dice también a nosotros: —*Ve y haz tú lo mismo.*

Basado parcialmente en los comentarios bíblicos de William Barclay y William Hendriksen
Las citas de las Escrituras son tomadas de la Biblia Reina Valera rev. 1995